

III



POESIA

*ODA A LA PLAZA DE TOROS DE LA  
REAL MAESTRANZA DE CABALLERIA DE RONDA*

Aquilino Duque Gimeno  
Fundación de Estudios Taurinos

Cráter de luna donde todo es luna,  
era donde el trabajo es fiesta y rito,  
rueda de la fortuna  
petrificada contra el infinito,  
esfera de reloj, cero absoluto,  
que resume lo eterno en un minuto.

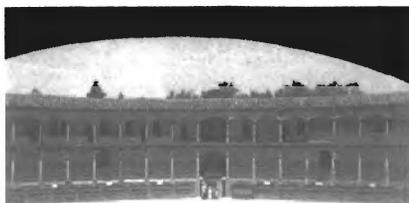
Todo empezó a dar vueltas una tarde:  
velador en lo oscuro, negra nube,  
la pantera enjaulada del Botánico,  
la columna que sube  
al cielo soledad y el pánico  
del caballo asombrado en el alarde  
agrícola y marcial de la Maestranza.

Trilla en que la pezuña, el casco, el viento,  
el juego de la caña y de la lanza,  
el lance alado y el pitón cruento  
separaban el oro de la granza.  
Era de oro, círculo amarillo.  
Arena en que quedaba soterrado  
el juramento de oro de un caudillo  
por un señor perjuro desterrado.



Oro que luego de Ultramar trajeron  
 dríadas de la Sierra de las Nieves  
 que en mástiles pinsapos convirtieron  
 para llevar hasta las tierras de oro  
 de Ultramar y en los términos más breves  
 el caballo, el aceite, el vino, el toro  
 y traer de lastre un mítico tesoro  
 para acuñarlo en el troquel del rueda.  
 Quien pisa ese oro no conoce el miedo:  
 ostensorio del sol, crisol de luna,  
 ojo de arena, pétrea corona,  
 pozo de sombra y luz, tambor del cielo,  
 fondo agostado de laguna  
 que atraviesa la tarde, de amazona,  
 terciado el marsellés de terciopelo.

Lo que fue luna helada es sol ardiente,  
 y ante la media luna de una frente,  
 caliente el corazón y el pulso frío,  
 envuelto en luces, un valiente  
 la media luna encela  
 desplegando un cartel de desafío  
 de seda, de percal y de franela.



La peonía y el romero,  
la orquídea, la romúlea, el tovisco,  
el jaguarzo morisco  
y el verbasco,  
los diamantes que levanta el casco  
del caballo en que viene caballero  
con su luna a la grupa el bandolero.  
Si esta luna va al sol, otra en la sombra  
toma asiento del brazo de un maestrante.  
Todos conocen pero nadie nombra  
al pregonero que entra con su amante  
y en torno al redondel giran, despacio,  
la luna del algar, la del palacio.

Se abre el portón de las cuadrillas,  
tímpano roto y pétreas barreras.  
Bajo el escudo y el balcón de herraje  
se paran carruaje y carruaje:  
faetones, calesas, jardineras  
desbordantes de peinas y mantillas.  
Se desdobra un estribo, crujen muelles,  
en una rueda se enganchó una falda,  
y en lo alto, en su palco rojigualda,  
saludan los retratos de los reyes.



Chupa de paño azul y vueltas rojas,  
áureos galones y botonaduras,  
los jinetes deshojan y monturas  
un trébol inicial de cuatro hojas  
en cuadrillas, parejas, carruseles,  
la geometría de la contradanza,  
aspas, elipses, ruedas y luneles...  
Así se adiestra contra los infieles  
y los herejes la Real Maestranza.

Porfía del caballo y el olivo:  
la paz, la guerra y una sola fiesta.  
Cintas, coronas, ramos, alcancías,  
el sombrero que baja hasta el estribo,  
la banderilla que tremola enhiesta  
y una paloma en las balconerías.

Lo perfecto en el mundo es lo redondo,  
y es vertical lo grande, lo imponente.  
Ronda, que tiende sobre lo más hondo  
del tajo la osadía de su puente,  
alzó frente al vacío y su amenaza  
la perfección redonda de su plaza.



¿Quién aprendió de quién? ¿La arquitectura  
a imagen nació en Ronda del toreo?  
¿O fue el toreo el que en la medida  
y en la severidad del coliseo  
su genio desubriendo y su figura,  
en arte mucho y en esfuerzo poco,  
dio un quiebro grácil a la línea pura,  
clásica gravedad a lo barroco?

El horror al vacío  
y el horror a la informe muchedumbre  
dieron a Ronda estilo y señorío,  
y su centro de arena, cumbre a cumbre,  
en círculos calizos, onda a onda,  
sierra a sierra, se abrió en la lontananza,  
ganando altura y gravedad, redonda  
y rotunda y profunda la Maestranza,  
plaza, corona y corazón de Ronda.

